

La virgen en la literatura española

RELIGIOSAMENTE fué como el español de la Edad Media—ved la Reconquista—y del siglo XVI fué fraguando el destino de España. España consiguió «ser» con la espada y el espíritu al servicio de la cruz. El genio hispánico se vivifica de un soplo religioso. Pero, pongamos claridad. Ese destino nos es conocido hoy; pero en aquel tiempo era confuso, tiniebla. Porque sólo Dios posee el secreto de la acción. En la iniciación de nuestra Mística, se advierte ese baluceo del espíritu hispano, el religioso, que se acusa en Teresa de Cartagena y otros religiosos del siglo XV. Esa incertidumbre del presente—condición y ley de la Historia—es incomprendida por algunos grandes humanistas, Menéndez y Pelayo, Carlos Vossler, entre otros, cuando declaran vago y confuso, panteista, el inicio del misticismo en las Letras. La doctora de Avila dice ser cosa «boba» el trance en que ella se encuentra al tomar la pluma para escribir. No sabe por donde empezar ni que decir. Pues en ese baluceo palpataba nada menos que la sustancia mística de España, como hemos visto después...

El hombre español estaba en lo cierto al creerse predestinado por el Cielo, a ser el pasmo de los siglos, a los más grandes destinos.

En esa zarza ardiendo de la Mística, brota una rosa popular y caballeresca: el amor a la Virgen María.

El ideal caballeresco, de intensa fragancia poética, arrebatada entonces a los hombres aguerridos de Europa, aquellos hombres cuya locura divina lleva a Tierra Santa a rescatar el sepulcro de Jesucristo. Ideal hermoso de la Edad Media, que funde a la mujer humana en la visión celeste de la Virgen y coloca a María en lo alto de esa arquitectura espiritual que es el pensamiento del tiempo.

Epopéya, estruendo de las armas, pasmo de nobles y siervos. Florecen el poeta monástico y el popular. Lo juglaresco se funde al pensamiento católico de todos. Esto es interesantísimo... El culto mariano recogía así toda la gracia de los juglares que describían a Nuestra Señora. En esos elementos participa también lo caballeresco. Es así como se ha formado una parte de la literatura española.

* * *

La literatura ha recogido toda esa ardiente fe religiosa y esos sueños caballerescos de trovadores y juglares.

A la Virgen han cantado infinidad de poetas españoles de todos los tiempos. Porque «la poesía necesita una gracia infusa del Señor

Dios». Así decía Alfonso de Baena. Más antigua que las gestas es la narración poética de Santa María Egipcíaca. En el siglo XIII escribía el frailecico Gonzalo de Berceo «Los milagros de Nuestra Señora», de fuente popular, rima de milagros y leyendas de la Virgen que corrían por ciudades y pueblos de toda la Europa. Cánticos sencillos, humildísimos, suavemente místicos.

¿Habéis leído las *Cántigas* de Alfonso X el Sabio, transidas de un dulcísimo amor a la Virgen, escritas en lengua galaica portuguesa, que parece sólo de niños y adolescentes? Su sobrino Don Juan Manuel escribe también un libro de cantares y un pequeño tratado místico, en todo una devoción a María. Es una prosa cincelada y perfecta, acaso la mejor de la Edad Media.

Todo lo del Arcipreste de Hita—nacido en ese solar ilustre de Alcalá de Henares—es una pura delicia, y así son sus *cántigas* a la Virgen, que nos evocan sentires bajo las frescas arboledas del río. Después, Pero López de Ayala escribe también de esas canciones. No es posible nombrar a tantos poetas, grandes y pequeños, que han cantado a María. Juan Alfonso de Baena, en su Cancionero, recoge florecillas místicas marianas. Los grandes poetas de esta época de Juan II, esplendorosa para la poesía, son Pérez de Guzmán, el Marqués de Santillana y Juan de Mena. Todos escriben—emocionado sentir—ingeniosos versos a Ella.

La literatura dramática alumbra autos sacramentales de la misma dedicación pía. Del teatro a la lírica se canta en todos los metros. ¿Y los famosos villancicos de Navidad, y las villanescas? ¡Qué tesoro de gracias y humildad! Adviene el Siglo de Oro con los místicos, cima de nuestras letras clásicas. Escriben Santa Teresa, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz... ¡Oh, imágenes sensibles y subjetivas, agua mística, bíblica y delicada ternura! San Juan de la Cruz es el verdaderamente divino. La virgen trasciende en ellos, suprema de gracia. Es la Esposa también, tomada del Cantar.

Pero los poetas valencianos sobresalen en fervor mariano. Esto es hermoso. Tal es el fervor que a la Virgen le dieron las primicias de la imprenta. El primer libro español era el de las «*Trovas a la Virgen*», impreso en Valencia en el año 1474, en la calle del Potal de Valdigna. El libro reunía una floración de rimas de más de cuarenta poetas.

Si dispusiéramos de tiempo y espacio, entresacaríamos fragmentos de poesías logradas, cabales, llenas de la «infusa ciencia a la Señora». Existe un abecedario castizo a la Virgen, de Estrella; unos versos a la Asunción, de Sor Juana Inés de la Cruz; un largo poema de Gertrudis Gómez de Avellaneda, muy hermoso; otro poema, romántico de Wenceslao Querol. Poemas destacados entre la obra de los poetas antedichos. No resisto a la tentación. Escuchad de Juan Ramón Jiménez:

Desde la galería
esbelta se veía
el jardín. Y María.

Virgen, tímida, plena de gracia, igual que una azucena, se dobla al anuncio celestial».

Yo escuché hace años en Yecla, de boca de unos auroros campesinos, estos versos:

«Son tus pechos; señora,
dos fuentes claras.
Es tu talle, Señora,
junco aseado».

No sé si eran de los auroros, ni de que procedencia, aquellos versos.

Bécquer, en su prosa, en su «carta novena», tiene una descripción ejemplar de la aparición de Nuestra Señora de Veruela.

Del poema de Sor Juana Inés de la Cruz, escuchad estas estrofas a la Virgen, en las que vibra un realismo español delicioso:

«...no tiene para alfileres
con todo el cielo estrellado...
están de miedo temblando
tamañitos los abriles,
descoloridos los mayos.

Los ojos: ¡ahí quiero verte,
solecito aerebolado!

El sol le sirve de sastre,
la luna de Zapatero».

José García Nieto, uno de los más altos valores de la poesía actual, dice en un soneto:

«Cuna de Dios, alcándara divina,
el corazón clavado en siete espadas.

Espigando en la poesía española, podríamos hallar verdaderos tesoros líricos. Yo siento ahora profundamente no poder dar con un poema que compuso el poeta de la serranía de Cuenca, el gran Federico Muelas, a la Virgen de la Luz, patrona de aquella ciudad. Lo leyó el poeta por Radio Nacional en Madrid, cuando la coronación de la Virgen. Versos como aquéllos no se han escrito en España, del Siglo de Oro a nuestros días. El alma de Federico cincela sentires por riscos de la sierra en el alba, sobre los arroyuelos, con el perfume de las hierbas, con el lucero sobre el chopo, siempre con un lenguaje rudo, serrano, de una infantilidad cristalina, y siempre encendidos a Ella. En la lírica popular española no se han escrito versos a la Virgen como los de Federico Muelas a la Virgen de la Luz.

RICARDO DE VAL

¡AQUELLA VENTANA!

Cortinitas leves,
cortinitas blancas
que una mano fina
colgó en su ventana
con las ilusiones
de recién casada.

Cortinitas leves,
vaporosas, albas,
que a veces recoge
con su mano alada
la joven esposa
que impaciente aguarda.

Aquellas cortinas
de aquella ventana
que adornan geranios,
jazmines, albahacas
y claveles rojos,
subyugaban mi alma.

Mas con ser tan bellas,
tan finas, tan blancas,
supe que escondían,
discretas y avaras,
la sombra siniestra
de angustioso drama.

Dicen que las cosas
tienen también su alma
y en las largas noches,
en las horas trágicas,
sigilosamente
¡nos hablan...nos hablan!

Si es así ¡qué dulces
y tiernas palabras
de consuelo y ánimo
verterían candidas,
muy quedo al oído
de la desposada.

Cuando un día aciago
que siempre esperaba
se quedó tan sola,
tan triste, tan pálida,
tras de las cortinas
en la linda estancia ..

¡Pobre corazón
que marchas y marchas
desde que nacemos,
sin tregua ni pausa!
¡Ay de quien de pronto
la cuerda le falta!

Muchas veces paso
junto a la ventana,
pero ya no veo
la mano de nácar
que levanta grácil
la cortina blanca.

A través del nítido
cendal de su gasa,
miro con tristeza
deslizarse lánguida
una esbelta sombra
joven y enlutada.

ELADIA MONTESINO